



Doña Loreto no ignoraba que la desazonaría el verse obligada a transigir con un supuesto que no es que le pareciese ofensivo o humillante en sí mismo pero sí muy sencillamente soslayable con tan sólo no ser, ella precisamente, quien se viera forzada a falsear allí de pie y en alta voz unos datos que, se temía, iban a desencadenar por toda la clase y con el subsiguiente enfado de una doña Almudena que jamás le tuvo simpatía una auténtica oleada de risitas.